

Vol. XXVIII—

Julio de 1933

—No. -276

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR

de

Nuestra Señora del Rosario

**Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura**

D. D. J. V. Castro Silva



Nova et vetera

BOGOTA—MCMXXXIII

IMP. DE «LA LUZ»—CARRERA 7.^a NÚM. 14-60

Lisandro Franco B.

CONTENIDO

HISTORIA Y LITERATURA :	Págs.
Discurso pronunciado el 19 de julio de 1933 por el Dr. J. V. Castro Silva con ocasión del homenaje que la Academia de Historia dedicó a los Mártires de la Patria en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.....	339
Una carta literaria de Romero Lozano.....	351
<i>Crepúsculo</i> , por Jesús Estrada Monsalve	353
Discurso pronunciado por el Sr. Dr. José D. Monsalve al entregar la presidencia de la Sociedad Bolivariana de Colombia.....	354
<i>De las Acciones de Dominio</i> , por Milciades Cortés A.	361
<i>Crónica del Colegio</i> , por Alfredo Delgado P.....	385
<i>La mujer ante el derecho</i> , por Tobías Hernández Rojas.....	398

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio de 1933

Discurso

pronunciado el 19 de julio de 1933 por el Dr. J. V. Castro Silva con ocasión del homenaje que la Academia de Historia dedicó a los Mártires de la Patria en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Señoras y señores:

Fundados en antigua tradición se reiteran hoy estos ritos que aúnan y encierran en torno de la energía inmortal de las ideas, la liturgia que otrora fue viático de los que agonizaron en el camino de la emancipación, y la vigilante remembranza que consagráis año por año a estos próceres en quienes encarnó el anhelo pujante y activo de construir la Patria.

Por ellos acabáis de ofrecer a Dios hostias y preces, testimonio inequívoco y firmísimo de que, ya traspuestos al mundo de lo invisible, aún subsisten los lazos que con ellos nos atan. La huesa común que allí en la Veracruz y aquí en el Rosario guarda confundidos sus restos, es solamente un relicario de despojos santificados por las dádivas que prodiga el Hacedor y por las tribulaciones que reparten los hombres; el alma que un tiempo fue vida de ese polvo, rota la coyunda de la mortalidad, se abismó en lo eterno, individualizada y

definida por las obras. En la luz de amoroso entendimiento que para ellos habéis pedido, perseveran transfigurados aquel su primer pensar en una liberación que fuera estímulo al mejoramiento de los ciudadanos y palestra donde se afinasen las energías y se multiplicasen los nobles empeños: allá se acendra el afán de justicia que ellos pusieron por fundamento de la paz estable, allá se apura la entereza que no los dejó flaquear ni en los reveses de fortuna ni en los desengaños de la ingratitud; allá se acrisola el desvelo con que estudiaron primero y persuadieron después las normas de virtud que fortalecen la república; allá se sublima el anhelo de esa unión que se nutre de sacrificios para fortificar con prosperidades invencibles; allá suben los quilates del patriotismo, linaje de caridad que les hizo olvidarse de lo propio para entender en la común y duradera bienandanza; y allá también queda colmado su desinterés, atributo de hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno y mueren dejando en el mundo una herencia de gloria.

Orando sobre la tumba de los próceres esperábais piadosa y firmemente que, limpios de la escoria terrestre, fueran sus almas a ver en Dios la fuente original de esas virtudes que en beneficio nuestro ejercitaron. Vinculado a lo infinito el nombre de los Padres de la Patria, queda unguido por la inmortalidad, y eso es necesario para que su grandeza cotejada con otras no se menoscabe: en los tiempos idos un hijo de fortuna era rey; conquistador puede ser cualquier prepotente codicioso; solamente los libertadores han sido y serán enviados de la Providencia.

El día de hoy, señores académicos de la Historia Patria, habéis enderezado los pasos de este desfile anual y religioso, no a los sitios donde los próceres saborearon el último dolor, sino a esta casa en que la verdad les dio escuela y la fuerza enemiga les fabricó prisión.

Ibais otras veces desde la iglesia guardadora de sepulcros hasta los parajes que antaño recibieron desmadrados y rotos los cuerpos de los mártires, y vuestra peregrinación se movía entre la meta de la sepultura y el aparato del suplicio, para sentir en ese fúnebre trayecto el misterioso vaho de eternidad que se levanta de la sangre y de las cenizas de los héroes. Venis ahora a este Colegio, e interpretando vuestros nobles propósitos pienso que buscáis aquí el emplazamiento de las cárceles funestas y en ellas la cátedra superior donde las víctimas de los pacificadores enseñaron patriotismo, no en cláusulas resonantes de proclama, no con sutiles engarces de teorías, más con la autoridad definitiva de quien se inmola en testimonio a la veracidad de los ideales y a la tenacidad de los intentos.

Gózate hoy, oh viejo Claustro, al acoger a estos ciudadanos memoriosos que te reverencian como hogar de hombres cumplidos y como hospedería final de los caballeros andantes de la República. A muchos los engendraste por la doctrina, a otros los prohibaste en la mazmorra, es tuya la pléyade incontable de los que real o simbólicamente abrigaste en estos muros para que otro día saliesen por la puerta de la fama o por la puerta del dolor a la luz de la Historia y al martirologio de la Patria. Gózate, oh Claustro, porque este concurso viene a recordarte que para tí no se hizo la mancilla de la decrepitud, ni la ambigüedad de los destinos: uno sólo te compete: formar juventudes que ilustren la República; mocedad es el material divino en que trabajas. Patria es el criterio que gobierna y el espíritu que urge y espolea las energías que en tí han ido acumulando casi tres siglos de generosa tradición. Con ellos a cuestas no vas caduco, porque fundamentalmente unido a la vida de la nación, participas de su adolescencia. Oh Claustro antiguo, tus augurios de leyenda, tus rincones propicios a la evocación, tus aulas y crujiás donde debieran

pasar vibrando de mente en mente las ideas, los nombres preclaros en que se cifran tus glorias tutelares acendrarán el filtro que te preserve de senectud y decadencia mientras haya juventud ávida de beberlo para encenderse en emulación de los antepasados. Para tí solamente podrían venir los días yertos de la decadencia estéril y de la nivelación por lo bajo, cuando maestros y discípulos abandonaran la tensión reconcentrada y laboriosa del pensamiento honrado, y se abrazaran con el desmayo indolente y el abandono cínico de los que se apacientan en los lotos del olvido!

En vez de ellos aquí os aguarda esta fila de próceres, floración de humanidad privilegiada. Son los mismos por cuya paz perpetua fuisteis a orar cabe el altar de Dios Sabaoth; mayor conformidad quisiéramos entre la ejecución artística y la hermosura moral que representan, por lo cual me pregunté algún día si era decoroso exhibir estas efigies imperfectas, mal trazadas por manos sin pericia, ingenuamente diseñadas, del todo rudimentarias y reñidas con los cánones estéticos. Arte, sabiduría de líneas, animación de los colores, milagros de la perspectiva, vida encarnada en la inmovilidad, eso no lo busquéis en estos retratos que os dan en cambio la certidumbre del amor celoso que a todo trance y en pugna con pinceles ignaros quiso disputar al olvido la imagen de los próceres. Lucha peregrina sublimada por el ansia de transmitir a los venideros un símbolo ejemplar; contraste del afecto y de la impotencia en que al fin y al cabo quedó triunfador al empeño de convertir la materia inerte en memoria parlante.

¿Qué nos dirán estos lienzos que no sea una monición ahincada a proseguir la obra de los hacedores de la República? Monición a mi entender inaplazable en días como estos que, si no estoy equivocado, miraran vuestros hijos como una de las etapas decisivas para el desenvolvimiento nacional.

Para esos hijos vuestrós, para la juventud presente, habla aquí la voz de los Padres de la Patria que yo trato de interpretar con esta ruín y desmayada mía, sincera y fiel como me lo impone el cargo que accidentalmente desempeño. ¿Para quién sino para la juventud puede hablarse en los claustros del Colegio Mayor?

La mocedad de hoy y la de ayer son diferentes. Ayer estaba circunscrita en sus actividades por la sucesión de los estudios y sólo de tarde en cuando se hacía sentir en los sucesos de trascendencia pública y social. Treinta y cinco años atrás las guerras intestinas sollicitaron el ardimiento, la bravura desenfadada y la curiosidad temeraria de los jóvenes. Probablemente jamás dejaron de alentar en ellos los épicos furros que fueron menester un siglo ha para desembarazar de enemigos el territorio patrio y faltando estos, las descargaban sin pensarlo en sus propios hermanos. Pero aquello se desvanecía entre un cortejo de desolaciones y otra vez sonaba en las escuelas eso que San Agustín apellidó en su fogosa adolescencia «la canción odiosa del aprendizaje» y que para nosotros era el preámbulo forzoso y ordenado de la vida. ¿Perdiéronse acaso los ímpetus y arrestos que siempre fueron brillo y presea de los veinte años? Nó, se guardaron incólumes, y, descontadas las manifestaciones literarias, apenas tuvieron una que otra fulguración de consecuencias, quizás porque el mundo vivía confiado en la estabilidad de lo existente, en un mundo así, toda anticipación suele parecer inepta y subversiva.

Pero un día cambió la faz de la tierra, y cuando se silenciaron las armas después de cuatro años de estrépito letal, el universo fue invadido progresivamente por las ondas concéntricas del sobresalto y la zozobra que acompañan el derrumbamiento de lo que se había juzgado inconvencible. El imperio de la inestabilidad comenzaba y lo único cierto era que el mundo no retor-

naría a su equilibrio antecedente. Así, cuando el aire avienta las hojas dormidas en el suelo, sólo puede perversarse que no volverán a asentarse en su sitio primero. Es la época propicia a la improvisación, al frenesí de la aventura, a las audacias ideológicas, a la novedad de los planes, a la concreción fugaz y en ocasiones violenta de los escondidos ímpetus humanos. Época también de actividad febril, calenturienta, que sin cesar es agotada por sus propios ardores y sin cesar renace por el concurso de las fuerzas nuevas que llama, atrae y subordina a sus intentos con la fascinación de un poderío no sospechado.

Adivináis, sin duda, que las fuerzas nuevas de que os hablo son cabalmente las de la juventud. Y digo «adivináis», porque el fenómeno a que aludo aún está por verse entre nosotros, menos afligidos que la generalidad de los pueblos. por el desconcierto universal. En cambio, a donde quiera que volvéis los ojos, desde las tierras del Sol Levante, donde moran culturas enigmáticamente silenciosas, hasta los linderos australes de esta América donde parece guardarse la vitalidad exorbitante del tercer día de la Creación; desde Italia renovadora de los principios imperiales, hasta el Indostán, obediente al ademán cadavérico de Gandhi, por todas partes veréis la preponderante influencia de la juventud en la ejecución de planes y proyectos nacionales. Tumulosa y delirante a veces, la mocedad ha comprendido en casi todos los países que, llamada como está a coadyuvar en la salud de los pueblos, la influencia que le corresponde no se deriva de la exuberancia anárquica y dispersa sino del esfuerzo inteligente y concertado.

Salvando las distancias que separan la era general de la independencia, que fue de engendramiento doloroso, y esta era presente, que no puede ser sino de ordenación y desarrollo, yo diría que ese calificativo que doy al esfuerzo de las modernas juventudes, lo he ex-

primido de la consideración atenta de la historia y vidas de los próceres. Inteligentes y concertados los admiro en obsequio a la República naciente y a través de las vicisitudes y aun de los errores que sufrieron; e inteligente y concertada quisiera yo que fuera esta adolescencia que mañana u otro día acudirá a ofrecerle a la República, en trance de mejoramiento, el incalculable aporte de los bríos tempranos que el escepticismo no agosta y que el sórdido interés no paraliza.

Inteligencia! palabra resplandeciente, conjuro de grandezas, cifra de aciertos, nota de superioridad que suena en mis oídos como la vibración indefinida de un acero penetrante y templado! Inteligencia que preconiza en sílabas armoniosas aquella «lectura interior» o conocimiento de lo propio, que fue ápice de sabiduría para los griegos, sin la cual ni hombres ni pueblos llegan a hacerse cargo de lo que son y de lo que pueden, de sus bienes y de sus males, de lo que esperan y de lo que temen, de su historia y de sus destinos, de sus productos y de sus carencias! O es que la juventud que ahora crece piensa que puede amar la Patria y prosperarla sin conocerla por dentro y sin otra diligencia que esa, hartamente descansada y frívola, de juntar en la mente mal zurcidos e inconexos retazos de lo que en otros pueblos diferentes, o resultó plausible, o se ensayó ruidosamente. Dios sabe a costa de cuántas calamidades y miserias!

La Patria es grande cuando muestra una personalidad vigorosa, inconfundible y caracterizada, y no será inoficioso advertir que los pocos años de vida independiente que llevamos, lo aprisa que se desvanecieron las tradiciones coloniales, y la pobreza de la civilización indígena anterior, han demorado el orto de la personalidad colombiana y por el mismo caso os han dejado, a vosotros, jóvenes, el mérito, y os han impuesto la obligación primordial de contribuir a fijarla. Para eso

la nación os pide inteligencia, y, ay de vosotros, si perdiéndoos en vanos escarceos de palabra o gastandoos en imitaciones tan faltas de apoyo en nuestra realidad como destituidas de razón para lo por venir, cedéis al antojo de favorecer sin escrúpulo el cosmopolitismo disociador y negligente.

Y clamaré otra vez: inteligencia! porque estoy persuadido de que esta palabra es una manera de exorcismo poderoso a ahuyentar cierto fantasma que oprime y deshace a nuestra vista una muy considerable porción de las capacidades juveniles.

¿Recordáis aquella moda del Imperio Chino que, para hacer inverosímilmente diminutos los pies de las doncellas, las calzaban desde la infancia con un zapato pequeñísimo del que nunca jamás las libertaban? ¿Y recordáis también cómo los salvajes de no sé qué tribu en este continente saben encoger y reducir los cráneos de los muertos en proporción de pequeñez increíble? Pues, señores, menos curiosa que esta última invención y mucho más nociva que la otra, es la obsesión de parcialidades, que entre nosotros esteriliza y juntamente apasiona, y por lo mismo, enceguece a los jóvenes desde sus primeros años. Que haya diversidad de opiniones en este mundo que entregó Dios a las disputas de los hombres, es inevitable y hasta provechoso, visto que no hay quien pueda dominar un problema por todos sus aspectos, ni prevenir todas sus consecuencias; pero que la opinión se asiente sin razones, que persevere sin examen, que se defienda y sostenga con artes vedadas, que desafíe impertérrita las más precisas demostraciones, que vea en la condición del contrario, cualquiera que sea, el único y definitivo argumento para odiarlo a él y vilipendiar su doctrina; que hasta las ciencias exactas y experimentales y el documento histórico haya que verlos a través de las personas y de sus aficiones y preferencias; que no se admita sino con iracundia la

discusión sesuda o la divergencia honesta sobre los puntos que dividen entre sí las diversas agrupaciones; eso, todo eso, talvez pueda explicarse a raíz de una contienda armada, fecunda solamente en lágrimas y sangre. Pero, cuando los años van trayendo una cultura relativa propicia al sosiego de los espíritus, o nuevos y complicadísimos problemas que por fuerza han de apartar los ánimos de las querellas ancestrales, cuando, sobre todo, surgen dificultades y peligros más apremiantes que los que antaño sirvieron de fomento a mutuos y enconados recelos, entonces, ¿no creéis que es tiempo de enderezar los rumbos y rectificar posiciones, y de apelar a la inteligencia para que aniquile odios tradicionales, que se guardaron mucho tiempo como fetiches de tribu y hasta como joyas de familia?

Y llega uno a pensar si no podría la inteligencia hacer entre añosos sistemas el papel de aquellos mediadores prudentes y avisados que arreglan un patrimonio saneado y opulento salvando lo que haya de precioso, de permanente y adecuado, en dos o más acervos tradicionales que guardan al lado de valores inconcusos y de verdades intangibles, algunas diferencias que vinieron a menos, porque ya no responden a los ritmos nuevos y a las urgencias perentorias de la vida!

Mas, para poner todas estas cosas en su punto, son tan incompetentes los ojos nubladas por la pasión como las manos guiadas por el interés. Lumbre de pura inteligencia es menester para dilucidar las realidades que darán paz y bienestar a esta tierra, y os digo que sólo cuando la tengamos delante para que nos guíe podremos confiar en que de la juventud de hoy saldrán los próceres y los conductores del mañana, los siempre necesarios artífices de la Patria, orfebres de su decoro y de su fama. No vencieron los israelitas las asperezas de su peregrinación ni arribaron al prometido término, sino cuando Dios les deparó la columna de fuego lu-

mínoso y purificador que les abría camino donde dejaba el rastro de sus esplendores rutilantes.

Sé muy bien que ha solido preconizarse como útil y loable la presurosa e inmediata intervención de la juventud en las luchas y encuentros de índole política. Pero advertid que descendiendo a esta liza prematuramente—y en esto como en todo es prematura la pasión que se anticipa al ejercicio de la inteligencia—se corre el grave riesgo de sufrir un vasallaje de inferioridad. La mente, aún no formada, por lo mismo que ignora una multitud de antecedentes y de relaciones, sólo perceptibles a costa de largas experiencias y cavilaciones, se enamora fácilmente de la sobreñaz y apariencia de las cosas, aplaude unas y menosprecia otras, condena éstas y encarece las otras con tanta espontaneidad como ligereza, y con tanta resolución como inocencia. Sobrevienen el cansancio y la inconstancia, que en el fondo de nuestro carácter aparecen como reacción habitual de todo ímpetu fervoroso, y que no teniendo más correctivo eficaz que el dominio austero de las ideas bien razonadas, fuente de equilibrio, de medida y de firmeza, harán, faltando éstas, que el espíritu desbrujulado aduerma sus incertidumbres con el sedante del donaire o se hunda sin esperanzas ni ambiciones en la corriente del escepticismo que va murmurando en las márgenes de la vida: «Todo pasa, todo falla.... todo cansa!»

No puede concebirse la influencia bienhechora de la juventud en el andar de la República sino cuando despojándose de atávicos recelos y de prejuicios recalci-trantes, trata de forjar en la oficina del estudio desinteresado la armadura potente del saber, que no es simple colección de nociones, sino perpetuo contraste y fecunda comparación de hechos y de ideas. Ni penséis que estos preludeos laboriosos pueden substituirse con estallidos de entusiasmo irreflexivo que arden y menguan con igual presteza, porque no son sino un deri-

vativo del tedio tropical. No quisiera verlo en esta mocedad, tampoco quiero mermarle prerrogativas para que envejezca antes de tiempo: pretendo solamente que doble la brillantez de los ojos con todo el alcance y penetración de la inteligencia, que sepa conquistar con el espíritu y que se adiestre en el arte de mirar adentro de sí misma y adentro de la Patria.

En otra edad los hombres, las cosas, las instituciones, los sistemas, las teorías, parecían menos complicados y eran mucho menos fértiles en sorpresas; porque se vivía y se pensaba con notable lentitud. Cabía entonces cierta negligencia en el manejo de las ideas y en la educación de las mentes; no así ahora en que un breve espacio basta para que se produzcan transmuciones y efectos inopinados allí donde todo se tenía por previsto, compasado y circunscrito. Lo que sentiríamos si los objetos que tenemos entre manos adquirieran de pronto naturaleza de explosivos, eso me figuro que ha de sentir esta generación cuando trata los problemas del presente, que son en sustancia los mismos de ayer, y serán también los del futuro, pero que asumen caracteres de increíble trascendencia por virtud de la época en que se hallan emplazados. Ahí tenéis otro motivo, y no liviano, que nos aconseja ser cautos y no adelantar la acción sin estar apercebidos con las armas de la inteligencia. El garbo y apostura de los años mozos las enaltece y pone en condición de hermosura sin par, como acaeció con muchos próceres; no las reemplaza, sin embargo, y por esto veréis que los helenos buscándole tutela a la República y decoro final al Partenón, alzaron delante del milagroso peristilo, no la estatua de los púgiles a quienes aplaudían en el estadio, sino la de aquel numen, mito de inteligencia arreado para todas las batallas, la armígera deidad, la juvenil Minerva!

Señores:

Por allá en los libros homéricos se describe el rito máximo con que los grandes jefes pretendían encadenar

la fortuna, aprendiendo la verdad y descifrando el ciclo advenidero en los oráculos de los antepasados victoriosos. Sobre un surco fatídico inmolaban víctimas copiosas y al levantarse de la tierra, como un aliento vivo, el cálido vapor de la sangre vertida, se tenía por cierto que acudían los inmortales a recibir la ofrenda y a conversar con los humanos.

Probable es que penetrando el misterio de esta arcaica observancia, hallemos patente el imperativo tradicional que nos fuerza a buscar en el ejemplo y en la sabiduría de los que nos precedieron el punto de apoyo y la piedra de toque que han menester las hazañas ulteriores para ser venturosas. Pero los griegos me darán licencia para ensanchar el símbolo y ver con vosotros en la inmolación de las víctimas y en el humear de la sangre, la imagen del sacrificio que debe emancipar a la República, de la insensatez, del egoísmo y la codicia, de la discordia, nodriza y maestra de crueldades, y de la ignorancia de lo justo, que atosiga a los pueblos con el prejuicio torpe y con la pertinacia criminal. Solamente así podremos conciliarnos la mirada benigna y alentadora de los próceres.

